



S. HERNANDEZ LITOD.

LIT. B. IRIARTE, MEXICO

MIGUEL CABRERA

IBARRA Y CABRERA.

I.

HÉ aquí á dos hombres que han sido, por decirlo así, la expresion, el conjunto y el resúmen del arte pictórico mexicano en el siglo XVIII, y que, á pesar de los graves defectos en que incurrieron, todavia hoy son considerados en nuestra patria como los artistas por excelencia.

Eternos recuerdos han dejado en México estos dos pintores. Sus nombres son aun hoy pronunciados con la mayor veneracion, y las obras que de ellos quedan tenidas en tan grande estima, que los coleccionadores mexicanos buscan un Ibarra ó un Cabrera, como en Europa se busca un Rubens ó un Rafael. Sin participar nosotros de ese exagerado entusiasmo que á tantos errores conduce, no podemos menos que reconocer que Ibarra y Cabrera eran dos excelentes artistas. El período de decadencia del arte mexicano les alcanzó en gran parte. De aquella escuela importada á México por Baltasar de Echave no quedaban mas que vagas tradiciones, una

manera de pintar semejante y el mismo misticismo, aunque un poco adulterado por la gran prosperidad material que en el siglo anterior al presente habia alcanzado la Nueva España. Pero en cuanto al dibujo, en cuanto á la forma, las pocas reglas que á este respecto tuvo la escuela de Echave habian sido olvidadas por completo. No era el modelado el fuerte de los pintores mexicanos del siglo XVII; pero al menos no despreciaban aún la forma al grado que la desdeñaron sus sucesores. No se copiaba el natural; pero se conservaban aún de la forma los recuerdos de las escuelas españolas. En la siguiente centuria, ninguna memoria, nada absolutamente quedaba del modelado. Una mancha de color, sobre la que se habian dibujado ojos, boca y nariz, constituia para los artistas de aquel tiempo una cabeza; los demas miembros del cuerpo humano eran ejecutados de un modo que recuerda mucho las esculturas de madera que cubren los altares: masas de color de carne, sin músculos, sin nervios y sin vida.

Así es que no será bajo el punto de vista de la correccion como juzguemos á Cabrera y á Ibarra; otras serán las cualidades que en cuenta les tengamos, á saber: el sentimiento, la inspiracion, la inventiva y algo de colorido. No fueron artistas consumados; pero en la época y condiciones en que vivieron, comparados con los pintores contemporáneos suyos, es imposible dejar de conocer que ocuparon el punto mas elevado en la escala del arte.

Dicho esto á manera de exordio, entremos en materia.

II.

D. José Ibarra nació en la ciudad de México, si la tradicion debe ser atendida, por los años de 1688. El Sr. D. Bernardo Couto en su *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*, parece poner en duda la fecha que se da al nacimiento del artista, como del siguiente párrafo puede deducirse: "Su amigo y colega D. Miguel Cabrera aseguraba en el mismo año de su muerte que habia llegado á una edad respetable, y que habia conocido, no solo á los célebres pintores de su siglo, sino á muchos de los que florecieron en el anterior (Maravilla americana, § 4, pág. 9), lo cual no sé si pueda decirse con propiedad de un muchacho de 12 años, que eran los que debia tener al concluirse el siglo XVII, si efectivamente habia nacido en 1688."

No deja de tener su fuerza la observacion, tanto mas, cuanto que parece indudable que Ibarra fué discípulo de Nicolás Correa, pintor que existió á mediados del décimo sétimo siglo.

Poco se conoce de la vida de este artista, y con excepcion de la gran fama de que disfrutó y que llegó al grado de que se le llamase el Murillo mexicano, no se sabe de él otra cosa si-

no que murió en México el 21 de Noviembre de 1756: así es que, en lo que únicamente nos fijaremos, como digno de atención, será en sus obras.

Hay la preocupacion, admitida generalmente, de que el carácter distintivo del estilo de Ibarra era la belleza del colorido, á tal grado, dicen algunos escritores, que sus cuadros pueden rivalizar con los mejores de la escuela veneciana. Sin juzgar con demasiada severidad, no vacilaremos en decir que quien tal opinion se ha formado de Ibarra y de la escuela veneciana, no conoce á ésta sino de oidas.

No era el colorido la dote mas notable de Ibarra, y si decimos que absolutamente no lo conocia, no nos arrepentiremos de nuestro dicho. Esos colores vivos, escandalosos, como los llama un célebre crítico francés, dotados de una crudeza tal que parecen haber acabado de salir de la tienda del mercader, no pueden ser hermosos, no pueden tener verdad alguna.

El vulgo jamas se fija sino en esos rudos contrastes de color que, al herir su vista, producen en él una agradable impresion. Esos colores desvanecidos, esas medias tintas que con tal profusion prodiga la naturaleza, nunca pueden ser de su gusto.

Como ningun sentimiento delicado existe en él, como carece por completo de lá finura de observacion, tan indispensable para apreciar las obras de arte en su verdadero valor, necesita para gozar ser conmovido de una manera enérgica. Hé aquí el secreto de Ibarra, y la causa de esa profunda admiracion que el vulgo le tributa. Los dos colores mas hermosos del iris, el rojo y el azul, son prodigados por él hasta la exageracion. Abigarrado conjunto de colores vivos y agradables, pero sin dulzura, ni verdad alguna; el estilo pompeyano aplicado á una miniatura de porcelana de Sajonia, tales son las pinturas de Ibarra. El ignorante en estética, incapaz de analizar y de sorprender las delicadezas del detalle, percibe á primera vista un mosaico multicoloro, y declara á Ibarra un gran colorista.

Otras son las cualidades de este pintor, y que no se le tienen en cuenta por desgracia. Ibarra quizá sea de todos los pintores de su época el de mayor imaginacion é inventiva: tenia cierta facilidad para componer, que hace que sus cuadros pertenezcan á un estilo enteramente distinto del que se usaba en la época en que existió.

Así como en el colorido, sus conocimientos en dibujo eran escasos: la forma era completamente descuidada por él, y raras son las obras de este artista en que se descubre algun estudio del modelado.

Como seria empresa sumamente difícil hacer un estudio detenido de todos sus cuadros, la mayor parte de los cuales se encuentran en la catedral de Puebla, nos fijaremos únicamente en dos de los mas notables, que reasumen en sí todas las cualidades del pintor, y en los que sus defectos son menos visibles.

La "Presentacion del Cristo en el templo" es un pequeño boceto, tan acabado, que bien merece los honores de cuadro.

Hay en esta obra un sentimiento exquisito, un gusto que, si se hubiese refinado con el estudio, habria hecho de Ibarra un artista de primer orden. La composicion es sumamente feliz; las figuras están agrupadas con arte; el dibujo es bastante correcto, y para que nada falte, hasta el colorido, que tan duro es en otros cuadros del mismo pintor, es en el que nos ocupa al presente, dulce, verdadero y armonioso.

"La Purísima" del mismo autor es, sin duda alguna, el cuadro mas notable que produjo su pincel. Recuerda algo á Murillo en la manera de pintar los ángeles y en esos maravillosos tonos de color que eran el gran secreto del artista sevillano. El dibujo es correcto, hay bastante modelado y la composicion es excelente.

El 21 de Noviembre de 1755, como dijimos antes, murió en México este artista, que con otros elementos, habria merecido bien el nombre de Murillo mexicano, que sus contemporáneos le dieron.

III.

Vamos á pasar ahora á Cabrera, el gran artista, el pintor por excelencia, como el Sr. Couto le llama.

La fama que Cabrera alcanzó en su época no ha muerto aún; y hoy todavía, su nombre es la personificación del arte pictórico en México. Y, cosa extraña, ningunos datos se tiene acerca de su nacimiento y de su muerte, y aun hay disputa sobre el lugar en que ambos acontecimientos se verificaron.

La tradición refiere que era un indio zapoteca nacido en Oaxaca; aun cuando el Sr. Couto asegura que en su juventud oyó decir que era natural de la villa de San Miguel el Grande, en el Estado de Guanajuato.

Respecto de su muerte, se cree que debió acontecer por los años de 1770, pues existe un retrato de su mano que llevaba la fecha de 1764.

Ocupémonos, pues, de sus obras, y para hacerlo, fijémosnos en sus cualidades y defectos principales.

El primer don de Cabrera, como artista, fué la fecundidad, que no ha tenido rival ni entre los creadores génius del Renacimiento.

“Formar la lista de sus obras, dice el Sr. Couto en el libro tantas veces citado, sería cosa imposible; porque materialmente llenó de ellas el reino, y no solo las hay en todas las grandes poblaciones, sino que suele encontrárselas hasta en las pequeñas, y aun en el campo. Esta fecundidad no provenía únicamente de lozanía de imaginación, sino de una facilidad y soltura de ejecución que hoy no podemos concebir.

“Entre sus obras clásicas ocupa señalado lugar la Vida de San Ignacio, que dejaron los jesuitas en los corredores bajos del primer patio de su casa profesa. Son 32 grandes cuadros al óleo, cada uno con muchas figuras, casi todas del tamaño natural, trabajadas con esmero y bien concluidas. Yo me quedé admirado cuando leí en los cuadros que la obra se había empezado el día 7 de Junio de 1756 y se había terminado en 27 de Julio de 57; es decir, en menos de 14 meses, tiempo que apenas bastaría hoy á un artista ejercitado para pintar tres ó cuatro de aquellos lienzos.”

Es de advertir en cuanto á esta fecundidad, que la mayor parte de los pintores mexicanos tomaban de estampas de la época los asuntos de sus cuadros, y que Cabrera no fué una excepción de esta regla general; sin embargo, aun en este caso, es necesario convenir en que ha sido uno de los artistas que mas han producido.

Cabrera se distinguió igualmente por una gran dulzura y suavidad en la ejecución; estaba dotado además de gran sentimiento; y su colorido, aunque relativamente, es muy superior al de todos los pintores de su tiempo. ¡Lástima que la forma y el dibujo hayan sido descuidados completamente en sus obras!

Enumerarlas todas sería imposible: haremos con él lo que con Ibarra: detenernos en las dos mas notables que de su mano existen en la Academia Nacional de Bellas Artes de México.

En la “Vision del Apocalipsis” encontramos una regular composición, en la que se notan grandes bellezas: las figuras del arcángel y del Padre Eterno, expresan ideas sumamen-

te mezquinas; pero en cambio, las de la Virgen y el Niño son bellísimas de expresion y sentimiento. El dibujo es extraordinariamente débil: como en todas las obras de Cabrera, no hay conocimiento alguno de la forma ni del modelado. El color es sumamente verdadero y feliz.

En una imagen de San Anselmo, encontramos magnífico colorido, una figura dulce, apacible, sentida, regular dibujo, y aunque el modelado no es perfecto, hay sin embargo bastante exactitud en él.



J. HERNANDEZ. LITOG.

LIT. DE H. IRIARTE

SAN ANSELMO.
(Pintura de Miguel Cabrera.)

IV.

Tal fué Cabrera. Juzgado de una manera absoluta, no nos atreveremos á decir que fué un gran maestro; pero relativamente, teniendo en cuenta la época en que vivió, los escasos elementos de que disponia, y sobre todo, su inmensa superioridad sobre los pintores contemporáneos suyos, no podemos menos que ver en él á uno de los mas grandes artistas que México ha producido.

F. G. COSMES.